

Reseña

Escribe: EBEL BOTERO

ZAPATA OLIVELLA, MANUEL. *¿Quién dio el fusil a Oswald? y otros cuentos*. Bogotá, Editorial Revista Colombiana, Ltda., marzo de 1967, 87 páginas. (Colección "Populibro", N° 17).

Este libro de bolsillo contiene seis cuentos de diferente extensión. El más largo da el título a la obra. Su autor es muy conocido, no solo en su patria, sino en los países de lengua española, como un novelista y narrador de gran éxito. Manuel Zapata Olivella es uno de tres hermanos intelectuales que están dando brillo a la cultura colombiana. Los otros dos son: Delia, escultora y directora de danzas folclóricas, auténticas como pocas, y el médico, especialista en salubridad, y ensayista, Juan Zapata Olivella. También es médico el autor de estos cuentos, y está especializado en siquiatria. Nacido en la Costa del Atlántico hace algo más de cuarenta años, el novelista está dedicado a su tarea desde su juventud, y ha conseguido ya varios galardones nacionales e internacionales, como el "Premio Esso Colombiana de Novela" (en 1962). Sus novelas más conocidas son *Detrás del rostro* y *En Chimá nace un santo*. Otra creación de la narrativa permanece inédita, después de haber obtenido varias menciones honoríficas en concursos del país y del exterior: tiene como título tentativo el de *¡Viva el putas!*, con el cual se han escandalizado un buen número de asustadizos críticos, jurados y periodistas.

Quiero ceñirme a esta colección de cuentos por ahora, ya que la obra total de Manuel Zapata Olivella tomaría muchas páginas de juicio. Baste decir que la temática central es de tipo social. El médico letrado tiene una de esas sublimes obsesiones que dan sentido a una obra de creación: la justicia para los marginados de la sociedad burguesa. En *Detrás del rostro*, por ejemplo, enfoca la angustiosa situación de los gamines de la gran ciudad, o sea de aquellos niños y adolescentes sin padres, que por una razón u otra viven fuera de los tugurios donde vinieron al mundo, y que vegetan en las calles de la urbe, sin techo, sin pan, sin cuidados, buscando el alimento por los únicos medios que la comunidad les ha enseñado: el robo, la mentira, el vandalismo.

De esa problemática social, el tema que más le interesa al autor es el de la injusticia de la discriminación racial, aquí o en los países anglosajones. Con una entereza y un entusiasmo dignos de aplauso, el ilustre siquiatra defiende los derechos de una raza oprimida, la del negro americano, del norte o del sur del continente. Es su propio grupo, y pese a que Manuel ha "triunfado" ampliamente, en el huerro sentido que le dan a la palabra los calvinistas y los materialistas miopes, el escritor se ha empeñado en la lucha por una causa que ya está superada en el caso personal: aceptado en todos los medios por sus propios méritos, reconocido en todo el país, fundador y director de una gran revista, "Letras Nacionales", dirigente cultural lleno de fervor para mancomunarse a los escritores y artistas de la patria sin distinciones de credos ni conductas, podría Manuel Zapata Olivella despreocuparse de lo que dejó atrás. Pero no. No está atrás: está adentro, en esa infancia de la que viven todos los buenos escritores del mundo. Estaría atrás si Manuel no fuera noble, pero ocurre que la nobleza, de la que el grupo que se cree de sangre azul se considera poseedor exclusivo, es lo que mueve a este aguerrido artista a dar el combate por la causa.

Precisamente la temática de los seis cuentos giran en torno al problema negro en Estados Unidos y en Colombia. Incluso el cuento final, de tema diverso aparentemente, el titulado *Los lentes pleocrómicos*, tiene un hondo simbolismo: la caricatura de los prejuicios, toda clase de prejuicios, pero señaladamente los que (como lo insinúa el título) reducen el mundo al color en tres direcciones exclusivas *La telaraña* y *El ausente* no insisten por sí mismos en el tema de la discriminación de razas, pero tienen un marco común, el de justicia social. De ahí que este pequeño volumen sintetice en cierta forma la obra total del escritor. Y de ahí también el encanto que ofrece a todos los lectores que tenemos inquietudes de justicia social. No se necesita ser comunista, ni haber vivido en carne propia la injusticia, para admirar la labor de este cuentista de categoría. Basta tener sentimientos y pensar con cabeza propia. Más aún, como narrador, Zapata Olivella no presenta los casos en teoría, ni es su relato de tipo ensayístico. Ante todo, el arte. Y por esto, un lector que por ignorancia invencible en el campo de los prejuicios raciales tuviera todavía buen gusto para distinguir la buena de la falsa literatura (difícil, pero posible), tendría que reconocer el alto mérito de estos cuentos.

Claro está que dicho mérito es discutible en el caso de varios de ellos, o incluso en los pormenores de todos. Pero hablo ahora del conjunto. Personalmente he creído siempre que el fondo y la forma, como la materia y el espíritu, no se diferencian entre sí con una distinción real sino racional y sofística. Pero, aceptando el lenguaje corriente, resulta ridículo atribuir a la forma mayor importancia que al fondo. Aunque no pueden prescindir el uno de la otra, es más perdonable un contenido vigoroso, original e inquietante, dentro de una horma burda, que una hermosura artificial sin otro contenido que la palabrería inútil. Todavía hay muchos lectores que no han superado aquella errónea dicotomía de "arte comprometido" y "arte puro". Desde luego, toda clase de expresión humana brota de un compromiso mental, por un lado, y por otro, la pureza total es una

ficción del espíritu. Lo que no me parece erróneo es distinguir entre el fanatismo ideológico en arte, como un extremo vitando, y el barroquismo intrascendente. Estética ante todo, arte, expresión de belleza, pero sin extremismos. Dentro de esta mentalidad, yo prefiero un contenido rico dentro de una forma deficiente a una artificiosa envoltura para un esqueleto mental. Por supuesto, el ideal sería reunir ambas riquezas.

Sirva lo anterior para dar base y sentido a la censura que me toca expresar a continuación. Aunque Zapata Olivella conoce muy bien la técnica actual del cuento y la emplea con pleno dominio en estos relatos, tiene un defecto temperamental: es un hiper-activo, y por lo mismo deja partes de su labor sin pulir suficientemente. Además, como fervoroso que es, puede a veces entusiasmarse con la idea básica de un cuento y desentenderse de la envoltura. Pero siempre es el pensamiento el que campea vigoroso, desafiante, insobornable.

Analizaré uno por uno, brevemente, los seis cuentos en su orden editorial. El que da título a la colección fue escrito en un trance de justa cólera pero atemperada por una prudencia en el decir que deja la impresión de dura frialdad. Yo hubiera preferido que la acusación de la desgracia de Oswald al Ku Klux Klan fuera más ardiente. El temor a perder en arte lo que ganara en autenticidad pudo llevar a Manuel a disimular artísticamente la acusación en las meras letras KKK, aunque dejando muy claro que se trata de una organización para asesinar negros. La técnica es modernísima: varios planos, ida y regreso en el tiempo, diálogos breves, realistas, economía verbal asombrosa. Tiene una pequeña falla para el lector del año 1980, que podrá entonces subsanarse, y es que el cuento no es una entidad independiente de la noticia periodística. En esta edición, a menos de cuatro años de la muerte del presidente John F. Kennedy, la noticia no está incluida porque se halla en el recuerdo de los lectores, pero más tarde será necesario transcribir apartes de los cables más importantes, ya que el cuento se fundamenta en ellos, y sin ellos resultaría bien difícil abarcar todo el peso de la acusación y sus implicaciones.

Como se trata de una obra de arte, la única verdad que interesa es la intrínseca. La histórica no viene al caso, aunque muchos de los lectores sospechemos que ambas pueden coincidir bastante en este cuento sobre Oswald. Yo preferiría señalar con el dedo, no tanto al desmirriado culto del Klan, compuesto por gentes ignorantes y de medianos recursos mentales y metálicos, sino a un posible socio mayoritario de esos pobres asesinos amedrentados y estólidos: el gremio petrolero, reaccionario aún a los más leves intentos socializantes —como eran los del presidente demócrata—. Pero las pruebas definitivas no las tiene nadie fuera de los secretos culpables. Insisto, pues, en que el interés del lector radica en la verdad intrínseca. Y aquí está uno de los grandes méritos del novelista Zapata Olivella: el relato es verosímil *en sí mismo* (aunque jamás hubiese existido un señor Kennedy). La sicología del personaje concreto, Oswald, y la del abstracto, los hombres entre bastidores, está muy bien lograda. Curiosamente el análisis que yo publiqué en "El Espectador" a principios de 1964 sobre el carácter de aquel joven por su letra, coincide con el que le atribuye el cuentista.

Este pudo haber hecho de Oswald un perfecto criminal o un inocente absoluto. Pero la medida del siquiatra le impidió incurrir en un defecto muy latinoamericano en los narradores, el del maniqueísmo psicológico. Optó por darnos un Oswald homicida, pero no asesino necesariamente, y homicida de un agente de la policía, en posible connivencia con el seudónimo de las cartas —KKK— y no de un presidente. Otro éxito del narrador está en el tejido mismo del relato, ágil, completo, intrigante, conciso, aunque algo seco en mi opinión (por lo dicho antes, el deseo del autor de evitar todo exceso).

La telaraña es una pesadilla de corte expresionista. El tema es la justicia que no llega porque la araña de la pereza y del burocratismo, del soborno y de las discriminaciones, no deja de tejer su tela de abandono e impunidad. El elemento tiempo es tratado con maestría. Las pinturas de los personajes tienen gracia, aunque aquí ya no se trate de caracteres sino de tipos. En cambio, los hechos mismos son triviales (para un colombiano de hoy, al menos), y así el elemento imaginativo, ese mismo que parece ausente del cuento anterior, es el que predomina aquí. Con todo, el marco es de una mordacidad y una sátira penetrante, en el estilo siempre sencillo, internacionalmente, de este escritor.

Un acordeón tras la reja es para mí el mejor de los seis cuentos. Es de tema anti-racista, a más de pertenecer a la narrativa de la violencia política. Sin tomar partido en la ridícula oposición de conservadores y liberales colombianos, yo hubiera preferido que el autor dejara a un lado el rótulo de rojos que reciben las víctimas del cabo asesino y tiránico de esta nueva Fuenteovejuna, pero es este un mero detalle. La personalidad del acordeonista mulato Pacho Rueda está tan bien dibujada que ha debido ser calcada de una realidad histórica local, de una vivencia del autor. La ambientación de todo el cuento es tan viva que se nota al momento el contraste entre el Dallas en que no se ha vivido de lleno y este pueblito de riberas criollas.

La técnica es también moderna, sin empalagosidades de crucigrama. El diario sin puntuación que lleva Pacho resta monotonía al relato continuo en tercera persona. El autor sabe sugerir situaciones con una rara habilidad de maestro de la narrativa, de verdadero hombre de arte. En pinceladas rapidísimas logra darnos un telón de fondo perfecto para encuadrar allí la acción principal: tales la violación, por etapas, de la sobrina de unas beatas, el robo de una custodia por el cura, aquello del "ochentón comprador de quinceañeras para rejuvenecerse", etc. Acusación social, sosegada, casi juguetona, pero en el fondo satírica.

El final llena de satisfacción a todo aquel que ame el arte, la música, la canción, pero tiene algo de utópico, de terminación feliz. El pueblo saca de la cárcel a su músico adorado cuando este espera que el cabo lo remate. En cambio hay un sabor agrio de vindicta pública en el cuadro final lo que no le resta mérito artístico ni verosimilitud. Al contrario, muestra cómo la población oprimida por un tiranuelo aprende bien la lección de barbarie. Pero quizás habría resultado más risueño todo sin ese genocidio inútil. Desde luego, la vida a veces le coquetea muy poco a lo risueño...

Un extraño bajo mi piel es otro cuento excelente, el segundo en méritos literarios para mí. Es de tema negro y norteamericano. La acción ocurre en Atlanta, Georgia, entre feligreses de un templo para “gente de color” —como reza el bobo eufemismo...—. Las coplas en inglés le dan un sabor terrígeno que muestra al autor compenetrado con ese medio. Manuel Zapata Olivella se hace vocero del ciudadano de segunda clase de los Estados Unidos. Esos “blues” con toda su embriaguez, el tono intenso, incisivo, cortante del himno en que el negro Elder le pide al Señor el milagro, esa atmósfera de ritmo pasional y emoción incontenible, hacen del cuento una pequeña obra maestra. A propósito, sería conveniente poner en una nota al pie de página la traducción castellana de los versos, para beneficio de muchos lectores que no saben inglés, pues sin aquellos el cuento pierde su columna vertebral.

Hay una asombrosa honradez mental en el autor de este cuento. Lleno de confianza en sí mismo, no teme Zapata Olivella tocar un tema en extremo arduo: el de los deseos de ciertos negros de llegar a ser “blancos como la nieve” (palabras de ese “blue” desgarrador). Cuando se ha producido el milagro, tampoco vacila el cuentista en atormentar a su personaje despersonalizado, al pobre Ham, Elder emblanquecido y sin patria, sin hogar, sin amigos, hasta hacerlo ennegrecer de nuevo por otro “deus ex machina” muy bien logrado, a su regreso a Atlanta. Aquí se pasea el sicólogo Zapata Olivella con pleno dominio de su especialidad. El título de “Sir” que le dan al triste Ham (de paso, ¡qué bien escogido este irónico nombre de pila!...) no vale una higa cuando ha desaparecido la “línea del color”. Aquella honradez mental es tanto más admirable cuanto que, consciente o inconscientemente, su poseedor hace en el cuento una especie de auto-biografía (en lo esencial) de simbolismos. El negro costeño colombiano, al obtener los triunfos del gran médico, de la especialización, de un puesto excepcional en las letras nacionales, al conquistar por derecho propio una posición de respeto universal en su patria, patria de sangre azul..., es como aquel Elder convertido en Ham que para subsistir tiene que volver a ser Elder. El famoso novelista sabe que en el momento en que abandonara su causa, la de su pueblo, se convertiría en el trágico Ham Leroy; se entiende: para sus adentros, ante su conciencia, el espejo de su niñez sin término. Este rasgo heroico de veracidad y honradez no puede dejar de producir asombro, especialmente en el medio colombiano donde está prohibida la intimidad en el relato. Yo como lector aplaudo entusiasmado.

Los dos últimos cuentos tienen menor mérito literario en mi opinión. *El ausente* aventaja al anterior en brevedad, pero tiene mucho de trivial: el presidente no tiene tiempo para escuchar a un heroico líder de un pueblo lejano que viene a pedir un utópico auxilio para sus gentes: “Silencio, el presidente bosteza” —dice un cartel—. Hay imaginación, colorido, agilidad, todo lo que se quiera, pero el tema no dio para mucho. Si el autor lo hubiera concretado en un caso específico, no dejándolo en el dominio de la abstracción, habría dado lugar a otro cuento de alto rango.

El final, *Los lentes pleocrómicos*, ha sido parcialmente juzgado ya. Es otra pesadilla, no tanto en la técnica, sino en el contenido mismo: un grupo de pseudo-artistas plásticos que han perdido el sentido de la reali-

dad, la perspectiva, por el uso apremiante de los lentes que les inventó y distribuyó una sabia investigadora de laboratorio. Para mí, es esta una farsa contra una crítica de arte que por extensión podría cobijar a todos los críticos, inclusive los del arte literario. Sería también una farsa llena de mordacidad contra el esnobismo artístico, muy justa si no incluyera una posible generalización. El relato es ameno, movido, gracioso, pero temo que haya caído también en lo trivial por cierta tendencia a la abstracción. Yo no puedo concebir la farsa en abstracto; toda farsa, en teatro o en narración directa, requiere —en mi opinión— un ámbito muy concreto. De lo contrario, se acerca uno al panfleto narrado. Por algo el autor de esta excelente obra decidió colocar al final estos dos cuentos, colocando al principio el más sensacional para el grueso público lector, y en el medio el meollo, el tuétano de estas narraciones: *Un acordeón tras la reja*, y *Un extraño bajo mi piel*, no solo justifican la edición de este "Populibro" sino que la exaltan como una realización de primer orden, y colocan al autor en sitio preferencial en la narración colombiana.